

OTRA

Había ido a Egipto, de correo, sin problemas. Le entregué el paquete a un tipo en el aeropuerto y con eso había cumplido, estaba libre al mediodía del primer día. Era un mal momento para estar en El Cairo, resultaba poco prudente dadas las relaciones entre nuestro país y la región, pero fui de todos modos porque en ese momento de mi vida sí había una mínima esperanza, por pequeña y desalentadora que fuera...

Había tenido problemas para pensar, para terminar las cosas. Palabras como «ansiedad» y «depresión» parecían adecuarse al momento, no me interesaban las cosas de siempre, no lograba beberme un vaso de leche sin deliberar, pero no me detenía a cavilar y regodearme. Un diagnóstico lo habría hecho menos interesante.

Había estado casado, dos veces; había cumplido los cuarenta rodeado de amigos; había tenido mascotas, trabajos en el servicio diplomático y gente trabajando a mi cargo. Años después, un mes de mayo, me encontraba en Egipto en contra del consejo de mi gobierno, solo y con diarrea leve.

Hacía un calor nuevo, seco y sofocante, un calor que no conocía. Solo había vivido en lugares húmedos –Cincinnati, Hartford– donde la gente que conocía se compadecían los unos de los otros. Aunque sobrevivir en el calor egipcio resultaba estimulante: vivir bajo el sol me hacía sentir más liviano y fuerte, hecho de platino. Perdí cuatro kilos y medio en unos días, pero me sentía bien.

Hacia solo unas semanas que unos terroristas habían asesinado a setenta turistas en Luxor y todo el mundo estaba nervioso. Yo acababa de estar en Nueva York, en lo alto del Empire State Building, a los pocos días de que un tipo hubiera abierto fuego allí mismo y matado a una persona. No me dedicaba a perseguir problemas de manera consciente, pero, entonces, ¿qué puñetas estaba haciendo?

Un martes estaba paseando junto a las pirámides, disfrutando del polvo y bizqueando porque ya había perdido mis segundas gafas de sol. Los vendedores ambulantes que trabajaban en la planicie de Gizeh —uno de los encantos menos encantadores del mundo— intentaban venderme cualquier cosa: pequeños escarabajos de juguete, llaveros de Keops, sandalias de plástico. Hablaban veinte palabras de una docena de idiomas y conmigo lo intentaron en alemán, español, italiano e inglés. Dije que no, me fingí mudo y me acostumbré a contestarles «¡Finlandia!» a todos, seguro de que no sabían finlandés, hasta que un hombre me ofreció montar a caballo en inglés americano marcando las erres de un modo obsceno. Eran listísimos, los muy cabrones. Yo ya había dado un caro y breve paseo a camello, sin ningún interés, y aunque nunca había paseado tranquilamente a caballo y en realidad tampoco quería hacerlo, le seguí a pie.

—A través del desierto —me dijo, guiándome más allá de un autocar plateado que descargaba turistas suizos de edad avanzada. Le seguí—. Vamos a por caballo. Cabalgamos hasta Pirámide Roja. —Le seguí—. Tú tienes caballo para ti —dijo, contestando a mi última pregunta no planteada.

Yo sabía que acababan de reabrir la Pirámide Roja o que estaban a punto de hacerlo, aunque ignoraba por qué la llamaban Roja. Quería cabalgar por el desierto. Quería descubrir si ese hombre —menudo, de dientes marrones, ojos atentos y bigote de poli— intentaría matarme. Había montones de egipcios a los que les encantaría matarme, de eso estaba seguro, y estaba listo para el combate con cualquiera que me quisiera muerto. Estaba solo, era imprudente y, frente a la furia,

reaccionaba a la vez con pasividad y rapidez. Vivía una época bella, todo resultaba electrizante y odioso. En Egipto destacaba, unos me chillaban y otros me abrazaban. Un día un hombre elegante que vivía bajo un puente y quería enseñar en un internado americano me invitó a zumo de caña de azúcar. Yo no podía ayudarlo pero él estaba convencido de lo contrario y me hablaba a gritos junto al bar de zumos, fuera, en una de las atestadas calles de El Cairo mientras los demás miraban con indiferencia. Yo era una estrella, un pagano, un enemigo, nada.

En Gizeh me alejé de los turistas y los autobuses junto al hombre de los caballos —que no olía a nada en particular— y descendimos la meseta. La arena dura fue ablandándose. Pasamos junto a un anciano en una cueva subterránea y tuve que pagarle *baksheesh*, propina, porque el tipo era «famoso» y el guardián de la cueva. Le di un dólar. El primer hombre y yo seguimos adelante, más o menos kilómetro y medio, y donde el desierto se juntaba con un camino me presentó a su socio, un gordo que llenaba a reventar una camisa raída y que tenía dos caballos árabes, ambos negros.

Me ayudaron a montar el más pequeño. El animal rezumaba vida, estaba inquieto y tenía las crines pegajosas por el sudor. No les conté que solo había montado en una ocasión y además en una feria del Cuatro de Julio dando vueltas alrededor de una pista medio borracho. Estaba buscando huesos de dinosaurio en Arizona puesto que, fugazmente, me consideré arqueólogo. Todavía no sé por qué me hicieron como soy.

—Hesham —dijo el jinete, y se señaló el esternón con el pulgar. Asentí.

Monté en el caballo pequeño y Hesham y yo nos despedimos del gordo y trotamos unos ocho kilómetros por un camino rural recién pavimentado, pasando por delante de varias granjas mientras los taxis nos adelantaban entre bocinazos. ¡En El Cairo las bocinas no paran! La gente conduce con la mano izquierda para poder comunicar mejor con la derecha cualquier matiz de sus sentimientos. Mi silla era simple y pe-

queña; me pasé un minuto entero tratando de dilucidar cómo se enganchaba al caballo y cómo debía engancharme yo a ella. A través de la silla notaba hasta el último hueso, músculo y cartílago que constituían el caballo. Le acaricié el cuello a modo de disculpa y me apartó la mano de una sacudida. Me aborrecía.

En cuanto abandonamos el camino y cruzamos un estrecho desfiladero, el desierto infinito se extendió ante nosotros. Me sentí un hijo de puta por haber dudado siempre de que fuera tan grande y aquiescente. Daba pena pisarlo vista la delicadeza con que le habían dado forma, superponiendo capa tras capa de velludillo.

Con los primeros pasos del caballo sobre la arena, Hesham preguntó:

—¿Sí?

Y yo asentí.

Enseguida azotó a mi caballo y jaleó al suyo y salimos al galope por el Sahara en pos de una duna del tamaño de un edificio de cuatro plantas.

Nunca antes había galopado. No tenía ni idea de dirigir al caballo. El animal volaba; parecía gustarle. El último caballo que había montado me frenaba constantemente. Este se limitaba a estirar la cabeza hacia el futuro de manera rítmica.

Resbalé hacia el final de la silla de montar y volví a adelantarme. Ovillé las riendas en una mano y me incliné, acercándome al cuerpo del animal. Pero algo o todo iba mal. Me atacaban desde todos los ángulos. Hacía años que no experimentaba tanta violencia.

Hesham, al ver mis esfuerzos, aminoró la marcha. Se lo agradecí. El mundo se tranquilizó. Recuperé el dominio de las riendas, me re Coloqué en la silla y me incliné adelante. Palmeé el cuello del caballo y por poco le doy en los dientes, que trataron de comerse mis dedos. Otra vez estaba a punto. Esta vez sabría más; el inicio había sido caótico por repentino.

—¿Sí? —preguntó Hesham.

Asentí. Azotó salvajemente a mi caballo y salimos disparados.

Coronamos la primera duna; la vista era digna de un conquistador, océanos y océanos, un millón de bordes biselados. Descendimos como el rayo por la duna y subimos por la siguiente. El caballo no aflojaba y la silla me castigaba la columna. Dios mío, qué dolor. No iba sincronizado con el animal: lo intentaba pero ni el gordo ni el inodoro al que seguía me habían dado instrucciones y la columna me golpeaba en la montura con fuerza, a un ritmo terrible, y pronto el dolor se volvió agudo, demoledor. Una y otra vez caía de culo, sobre cemento, desde una altura de treinta metros...

Apenas tenía aliento para pedirle a Hesham que redujera la velocidad, que se detuviera para darle un descanso a mi espalda. Me estaban infligiendo un daño irreparable, seguro. Pero no había modo de parar. No conseguía pronunciar palabra. Me esforzaba en respirar, traté de enderezarme en la montura, pero no podía detenerme porque tenía que demostrarle a Hesham que era un tipo duro, que no me amilanaba. De vez en cuando él echaba la vista atrás y cuando me miraba yo entornaba los ojos y sonreía con todas mis fuerzas.

Enseguida volvió a aminorar el paso. Seguimos unos minutos al trote. El martilleo de la espalda cesó. El dolor disminuyó. Me sentí terriblemente agradecido. Aspiré todo el aire que pude.

—¿Sí? —preguntó Hesham.

Asentí.

Y volvió a azotar al caballo y salimos al galope.

El dolor regresó con mayor intensidad, con más ramificaciones, zarcillos que alcanzaban lugares nuevos y desconocidos —atravesándome las clavículas, las axilas, el cuello—. Me intrigaba la novedad del tormento y lo habría estudiado, disfrutado en cierto sentido, pero sus puñaladas repentinas me impedían adoptar la distancia necesaria.

Tenía que demostrarle a aquel egipcio lunático que podía cabalgar con él. Que éramos iguales, que podía resistir y de-

vorar esa agonía. Que podía ser el castigado, que esperaba el castigo y podría soportarlo por mucho que él lo prolongara. Podíamos cabalgar juntos por el Sahara incluso aunque nos detestáramos por un sinfín de terribles y buenas razones. Yo formaba parte de un continuo que se remontaba miles de años, nada había cambiado. Casi me daba risa, de modo que cabalgué como habría cabalgado cualquiera en mi momento de la historia, es decir, que estábamos solos él y yo y la arena y el caballo y la silla de montar —no llevaba nada conmigo, vestía una camisa acartonada, pantalones cortos y sandalias— y, joder, por muy desagradables que fuéramos, por muy equivocado el espacio que nos separaba, la verdad es que surcábamos los cielos.

Y lo contemplaba todo. Mientras los cascos del caballo arañaban la arena y el animal respiraba y yo respiraba, mientras las crines me azotaban las manos y la arena me cubría las piernas, escupiéndome en los tobillos desnudos, contemplaba al hombre moverse con el caballo. En algún lugar, al cabo de veinte minutos más de vapuleo constante, con el caballo a todo galope, aprendí. Había estado permitiendo que el caballo me golpeará, intentaba sentarme bien en la silla con la esperanza de que la distancia de la montura disminuyera el impacto de cada golpe, pero había maneras de eliminar por completo el dolor.

Aprendí. Me moví con el caballo y cuando por fin empecé a moverme con el maldito animal, cabeceando hacia delante al unísono, en connivencia, el dolor desapareció. Montaba aquel caballo estúpido y divino, unido a él, sentado bajo, con la cabeza inmersa entre sus crines, y...

Hesham se dio cuenta de que ya no sufría y aceleró. Cabalgamos bajo el sol. El viento azotaba nuestras caras, y me sentí parte de todos los ejércitos que el mundo había soportado. Amaba al hombre al que seguía del modo como solo se ama a los que quisieras matar. Y cuando más lleno de amor estaba, la pirámide emergió de la arena, un pico menos perfecto entre las dunas.

Al llegar a la Pirámide Roja subimos por un lado, alzándonos a pulso sobre cada escalón, piedras cuadradas de casi dos metros de alto. En la entrada, a unos quince metros de altura, el hombre me señaló una pequeña abertura por la que se penetraba en la cámara que ocupaba el centro de la pirámide. Le seguí dentro, bajando por un pasadizo en pendiente, estrecho, oscuro, húmedo, demasiado pequeño para cualquiera un poco más grande que nosotros. Había una soga para guiarnos hasta el fondo. Me agarré a ella y descendí; no había escalones. Olía a tierra calcárea y el aire era denso y pesado. Por delante de mí, el hombre sostenía una antorcha que dibujaba una luz irregular en medio de la oscuridad.

Nos detuvimos al final de la pendiente, giramos por otro pasadizo, esta vez plano, y enseguida nos agachamos bajo un umbral y entramos en una caja de piedra. Era una sala carente de todo adorno, de techos altos y geometría perfecta. Hesham movió los brazos mostrándome toda la sala con ademanes orgullosos. «Hogar de rey», anunció acercando la antorcha a un lateral de la habitación y revelando así una caja de piedra alargada: la tumba. Por lo demás, la cámara estaba vacía. Carecía de marcas, joyas o mampostería. Estas cámaras habían sido saqueadas sin descanso durante siglos y ahora solo quedaban las paredes desnudas, lisas, sin el menor signo...

El aire dentro de la cámara estaba cargado de polvo y tenía la impresión de que si nos quedábamos allí mucho tiempo moriría. ¿Intentaría asesinarme? ¿Robarme? Estábamos solos. Por la razón que fuera, no estaba preocupado. Nos miramos fijamente, en realidad a ninguno de los dos le impresionaba de verdad la caja pese a que ambos habíamos fingido sobrecogernos momentáneamente. Aunque sabía que no debía esperar gran cosa de ese tipo de salas, estaba decepcionado. Desconocía el grado de elaboración que una vez lució el espacio en que nos encontrábamos, pero nada indicaba que alguna vez hubiera sido algo más que un cubo are-

noso y eso me entristeció. Un exterior tan magnífico para un corazón tan crudo. Hesham se acercó la antorcha a la cara y me miró, aunque dudo de que me viera con una luz tan pobre.

Suspiró con fuerza. Su rostro pasó por varias emociones: arrogancia, aburrimiento, fastidio. Estaba obligado a quedarse mientras yo quisiera. Yo no quería quedarme, pero me gustaba verle sufrir, por poco que fuera.

Volvimos a subir la escalera hacia la ventana torcida donde la pirámide se empapaba de cielo. Anochecía. Una vez fuera y de nuevo en tierra firme, el hombre dijo: «Hay otra». Le pregunté el nombre. Me contestó que se llamaba la Pirámide Torcida.

Volvimos a montar.

—¿Sí? —preguntó.

Asentí y azotó a mi caballo con la palma de la mano. Le seguí a pesar de que pronto no fue más que una silueta negra dibujada contra el cielo plateado. Los caballos estaban enfadados y respiraban en explosiones hidráulicas. Comprendí entonces que Hesham no hacía lo que hacía por el dinero que yo pudiera darle. No se había molestado en negociar por ninguno de los viajes de después de la Pirámide Roja. Lo que estábamos haciendo era otra cosa y los dos lo sabíamos. Ahora estaba seguro de que no me mataría y sabía que él tampoco tenía un plan, no más que yo.

Al cabo de una hora llegamos a la Pirámide Torcida, mayor pero menos segura, y ya no había luz. Trepamos hasta la entrada y descendimos y otra vez nos encontramos en una cámara sagrada, una sala para acoger a una reina o un faraón, aunque también esta estaba vacía. El hombre y yo nos miramos fijamente, respirando el aire cargado, sin sentir compasión el uno por el otro ni nada.

¿Qué te esperabas?, me preguntaba con la mirada.

Quería saber que no moriría como un gusano, dije.

Perdona, dijo él. Estos hombres murieron, fueron embalsamados y les han robado. La gente los ha vendido una y otra

vez. Han vendido todos sus efectos, sus huesos, los han cambiado por oro. No ganarás un duro.

No hay razón para entrar en estas pirámides, dije.

No, en realidad no.

No se aprende nada dentro.

Nada.

Si estos reyes tenían fe, ¿por qué iban a esconderse en estas cajas bajo piedras pesadas?

Ah, pero es que no tenían fe.

Eso lo explica.

Volvimos a salir y permanecimos de pie junto a la base de la pirámide. Estaba oscuro y subimos a los caballos. Blandí la mano para abarcar todo el aire.

—Se está bien fuera, ahora —dije.

Sonrió.

—Hay otra —dijo el hombre.

—Quiero ir.

—¿Sí? —preguntó.

Asentí y azotó a mi caballo con el pie y salimos volando.